

ACERCA DE LA CUESTIÓN ELECTORAL.

La cuestión de las elecciones burguesas y el parlamento ha abierto históricamente un debate en el MCI y en el MCE sobre cuál tiene que ser la postura de los comunistas dentro de estos procesos ¿debemos presentarnos a las elecciones como tribuna de agitación y propaganda? ¿Apoyar a alguna candidatura? ¿Debemos boicotearlas? ¿Cuándo debe hacerse?

Esta cuestión se ha tratado en profundidad dentro de la historia el Movimiento Comunista Internacional: en la I Internacional, la lucha de líneas con los anarquistas giró en torno a la participación en el parlamento para hacer llegar el discurso comunista a las capas más amplias; en la III Internacional, se hicieron críticas al cretinismo parlamentario y la posición izquierdista del boicot en Alemania e Inglaterra; en la Kominform se desarrolló una lucha de líneas con los Partidos Comunistas de Francia e Italia, ya podridos por el revisionismo, que elevaron a estrategia su participación en el parlamento.

Con el triunfo del revisionismo soviético, una de sus consecuencias fue promover la idea de la revolución parlamentaria, relegando toda la actividad comunista a engrosar las filas del parlamentarismo. Esto supuso una crisis ideológica que dio auge a las tendencias revisionistas que imperaron en los principales partidos oficiales de muchos países, como el eurocomunismo o el prosovietismo, implícito o explícito, dónde posteriormente muchos partidos comunistas pasaron a ser meros reformistas y comparsas de la socialdemocracia.

Durante el proceso de ascensión del revisionismo soviético y su influencia internacional, el Partido Comunista de China llevó a cabo una lucha de líneas contra éste, denunciando la restauración capitalista en la Unión Soviética y desarrollando la ideología proletaria al calor de su proceso revolucionario y construcción socialista. Gracias a este desarrollo en la ideología proletaria que daría al Marxismo-Leninismo-Maoísmo, los comunistas del resto del mundo contamos con las herramientas clave para combatir el revisionismo y las tendencias revisionistas, tanto dentro como fuera de nuestras filas.

Así pues, en un clima internacional donde el revisionismo tenía la hegemonía, los partidos maoístas, inspirados en las enseñanzas de Lenin y el boicot histórico a la Duma y, posteriormente, a la Asamblea Constituyente, aplicaron esta táctica con firmeza, sirviendo al desarrollo de sus Guerras Populares Prolongadas.

En la situación actual, esta cuestión sigue siendo más relevante que nunca. En una fase del imperialismo decadente y estancado, con una tasa de ganancia cada vez más baja, los representantes estatales de la oligarquía financiera apenas dejan caer reformas, y las que promueven son cada vez menos ambiciosas; por otra parte, la opresión del imperialismo respecto a las semicolonias es de cada vez mayor, suponiendo la decadencia de grandes proyectos burgueses de independencia nacional.

En este contexto, cuando la necesidad revolucionaria sigue siendo tan relevante como siempre, el papel de los comunistas en las elecciones vuelve a estar candente. Nuestra posición al

respecto es que el Estado burgués es irreformable y que su parlamento es una herramienta al servicio de la oligarquía financiera. La democracia burguesa es, por tanto, la forma que la burguesía ve más idónea para garantizar la paz social y la estabilidad para sus negocios.

Entendemos también que la participación de los comunistas en las elecciones es una cuestión táctica, tal como lo hicieron los bolcheviques. Pero debemos hacer hincapié, en que si ya en la época de Lenin se consideraba una táctica secundaria y supeditada a la lucha fuera del parlamento, ahora, con la tendencia de los Estados a la burocratización y militarización, la táctica del boicot electoral, es decir, la táctica de impugnar en su totalidad las elecciones y organizar un amplio movimiento de masas en contra de estos procesos, representa la corriente principal a nivel táctico.

Además, como hemos explicado antes, con el revisionismo y el reformismo parasitando el movimiento obrero y los movimientos sociales, la opción de presentarse a las elecciones puede convertirse fácilmente en cretinismo parlamentario: en destinar progresivamente más recursos a esta contienda, entrar en las dinámicas y lógicas del parlamentarismo, y progresivamente perder de vista la estrategia revolucionaria, depositando las fuerzas en el parlamento como palanca de cambio social, ya sea de forma consciente o inconsciente.

Con todo eso, en este documento analizaremos de forma general el papel del Estado y el parlamento, desarrollaremos porqué consideramos la participación electoral o el boicot electoral como cuestiones tácticas en base a las experiencias históricas internacionales, y expondremos cuál es nuestra postura y línea de cara a estas elecciones generales.

1. El Estado burgués y el parlamento.

Es necesario empezar definiendo qué es el Estado burgués. Definimos como un Estado burgués aquel Estado construido sobre y para la defensa del sistema capitalista. La denominación de Estado burgués proviene de su construcción histórica tras la toma del poder de la burguesía como clase, desterrando los privilegios feudales y la forma de gobierno aristocrático (principalmente monarquías). De ese momento, el poder de la burguesía ha tomado diferentes formas de gobierno, desde democracias parlamentarias hasta dictaduras fascistas, aunque el Estado sigue construido sobre las mismas relaciones de dominación. Sin embargo, la forma mayoritaria es a través de la democracia parlamentaria.

«La omnipotencia de la “riqueza” también es más segura en las repúblicas democráticas porque no depende de unos u otros defectos del mecanismo político ni de la mala envoltura política del capitalismo. La república democrática es la mejor envoltura política de que puede revestirse el capitalismo; y, por lo tanto, el capital, al dominar (a través de los Palchinski, los Chernov, los Tsereteli y Cía.) esta envoltura, que es la mejor de todas, cimienta su poder de un modo tan seguro, tan firme, que no

lo conmueve ningún cambio de personas, ni de instituciones, ni de partido dentro de la república democrática burguesa».

El Estado y la Revolución (1917), V. I. Lenin.

Como todos los sistemas que se han ido sucediendo, el Estado es la forma de asegurar el gobierno y la represión de la clase dominante y sus aliados frente a las clases populares. En definitiva, el Estado es una herramienta de dominación de una clase sobre otra y, por tanto, se dota de sus propios cuerpos e instituciones para hacer efectiva esta represión. Estos cuerpos e instituciones están divorciadas del resto de la sociedad mediante privilegios, procesos selectivos y las propias dinámicas represivas y burocráticas características del Estado.

El Estado burgués, en su forma de democracia parlamentaria, basa su legitimidad en la ilusión de participación política de las masas mediante el voto. Es decir, una vez cada cuatro años, la clase obrera y otras clases populares pueden elegir quién va a sujetar su correa. La ideología burguesa lo justifica en base a unos ideales de democracia en abstracto, sin tener en cuenta que los partidos burgueses son maquinarias de marketing con intereses propios, que tienen derecho a no cumplir su programa electoral, y que no hay formas efectivas de presionar “desde abajo” a los representantes políticos dentro del juego parlamentario. A pesar de todo esto, caracterizan el voto como “la voluntad ciudadana”.

«Veremos que, de un modo más lento, más variado, y en un campo de acción mucho más extenso, se desarrolla el mismo proceso: de una parte, la formación del “poder parlamentario” lo mismo en los países republicanos (Francia, Norteamérica, Suiza) que en los monárquicos (Inglaterra, Alemania hasta cierto punto, Italia, los países escandinavos, etc.); de otra parte, la lucha por el poder entre los distintos partidos burgueses y pequeñoburgueses, que se reparten y se redistribuyen el “botín” de los puestos burocráticos, dejando intactas las bases del régimen burgués; y, finalmente, el perfeccionamiento y vigorización del “poder ejecutivo”, de su aparato burocrático y militar».

El Estado y la Revolución, V. I. Lenin.

Lenin ya nos mostró que, incluso en el Estado con un sistema de gobierno democrático, sigue siendo una dictadura de la burguesía. Los Estados capitalistas, primero a través de las revoluciones burguesas y, segundo, a partir del imperialismo, son máquinas que han tendido a su perfeccionamiento, a su burocratización y su militarización. El dominio de la oligarquía financiera supuso esta evolución de los Estados, llegando al capitalismo monopolista de Estado, como elementos que participan activamente y con la agenda de la oligarquía financiera en la gestión económica, la represión y la garantía de la estabilidad, así como el control cada vez más grande de todos los aspectos de las vidas de las masas.

En la actualidad, vemos que la situación no sólo es diferente a la que describía Lenin, sino que ha empeorado: contamos con políticos profesionales a sueldo, con una policía con alto grado de militarización, y vemos como el Estado se ha hecho tan extensivo que regula todos los aspectos de la vida social. Hemos visto históricamente que tanto en los países imperialistas como en las semicolonias cuando entran en el gobierno partidos que puedan llegar a ser mínimamente disruptivos o proponer grandes políticas sociales, o bien tienden a seguir las mismas recetas que el resto de partidos, descafeinan su discurso y propuestas, y se hacen inoperativos (Podemos en España, Syriza en Grecia, etc.), o bien la oligarquía financiera da un golpe sobre la mesa y tiene la capacidad de hundir a dicho gobierno como pasó con Allende en Chile o cómo la propia inflación enterró la socialdemocracia francesa durante el gobierno de Mitterrand.

A pesar de todo lo mencionado, en la actualidad observamos que no ha habido un cambio cualitativo respecto al papel y la forma de la democracia parlamentaria en la mayoría de países imperialistas, incluyendo el nuestro. No hay un cambio cualitativo en la forma del parlamento y “su caducidad política” en los países imperialistas con respecto al anterior siglo, por ejemplo, como un cambio en el sistema de elección a uno más opaco o indirecto, la ampliación excesiva de los años de poder de cada gobierno, una manipulación descarada de los resultados electorales, un sistema más piramidal de elección, etc.

Lo que sí que observamos es un cambio cuantitativo: los socialdemócratas no sólo están integrados en las estructuras de poder burgués como uno más, sino que el grado de reforma que pueden permitirse es mucho más modesto. Los partidos reformistas han sido relegados a ser meras bisagras para facilitar el gobierno socialdemócrata. Es más, apenas pueden hacer de oposición dentro del gobierno. Los políticos burgueses están mucho más alejados de las masas, con equipos de imagen, publicidad, marketing, comunicación, etc. El modelo de partido con una base militante está transicionando a un modelo de partidos de caras famosas sin base social. Por otro lado, se puede afirmar que ha habido un aumento de cargos públicos y cargos asociados en todas las administraciones (gobierno central, autonomías, diputaciones, ayuntamientos), formándose una gran capa de vividores y gestores de la política burguesa los cuales se pueden repartir y sacar un sueldo sustancial, incluso en pequeños ayuntamientos. Todos estos hechos han supuesto que haya un mayor descontento por parte de las masas hacia los políticos y el sistema, que deberemos tener en cuenta.

Con esto sobre la mesa, con el hecho objetivo de que el Estado Burgués es irreformable y que la democracia parlamentaria tiene que desaparecer para ser sustituida por órganos de Poder Obrero, la cuestión táctica respecto a la participación o el boicot electoral tiene que ser discutida. Para ello, haremos un recorrido sobre como los comunistas revolucionarios han atajado esta cuestión.

La posición histórica de los comunistas respecto a la cuestión electoral.

Marx y Engels fueron los primeros en criticar al Estado burgués y sus supuestos mecanismos democráticos. Desde el primer momento, las posiciones revolucionarias tuvieron en cuenta que

desde el parlamento no se podía realizar una revolución y que la clave ha sido siempre la vía de la violencia de las masas contra el Estado burgués. Aun así, el parlamento fue concebido como una tribuna para hacer más accesible a las masas la política revolucionaria.

La posición de la I Internacional respecto al parlamentarismo era utilizar el parlamento como tribuna agitativa, para la consecución de un programa de mínimos de los partidos obreros y poner sobre la mesa la discusión de los programas de máximos: la revolución. Pero al final, esta postura llevó a la irrupción de los oportunistas parlamentarios durante la II Internacional, ya criticado en su momento por Engels.

Esta forma de hacer política se transformaría en breve con la transformación del capitalismo en imperialismo, dónde el parlamento tomaría un cariz diferente, menos participativo, y más dificultoso a la hora de acceder y utilizarlo como una herramienta de agitación.

«En la época precedente, el parlamento, instrumento del capitalismo en vías de desarrollo, trabajó en un cierto sentido, por el progreso histórico. Bajo las condiciones actuales, caracterizadas por el desencadenamiento del imperialismo, el parlamento se ha convertido en un instrumento de la mentira, del fraude, de la violencia, de la destrucción, de los actos de bandolerismo».

Los comunistas y el parlamento, III Internacional.

El deslindamiento entre comunistas y socialdemócratas también provocó que los comunistas afianzáramos posiciones a la hora de analizar la cuestión del Estado y del parlamento, encontrándonos en un contexto dónde las democracias burguesas eran más estables, e incluso el parlamento se veía obligado a aprobar reformas para apaciguar a las masas en constante e intensa lucha. Entonces, es cuando se diferencian los socialdemócratas, como oportunistas que ven el parlamento como una herramienta de cambio real; y los comunistas, que tienen como objetivo la destrucción de éste mismo; así pues, su intervención en el parlamento tendrá un sentido táctico, ya que el parlamento no se puede conquistar, sino que se tiene que disolver en un período revolucionario para dar paso a la Dictadura del Proletariado.

La posición de la III Internacional defendía la participación en el parlamento como una forma de 'demarcación' del electoralismo burgués, como una herramienta de educación política a las masas intermedias y atrasadas. Así mismo, el boicot táctico también se contemplaba. Un ejemplo lo tenemos en los bolcheviques con el boicot al parlamento de la Duma de 1903 a 1905, en un contexto de movimiento ascensional de las fuerzas revolucionarias y gran descrédito de las masas hacia el propio parlamento y las medidas del Zar.

Volviendo a la III Internacional, el enfoque de la lucha parlamentaria era que se trataba de un frente secundario y el centro de la acción era extraparlamentario; las campañas electorales debían ser campañas propagandísticas a nivel revolucionario y el boicot solo se podía contemplar en el caso siguiente: "El boicot de las elecciones o del parlamento, así como el

alejamiento del parlamento, son sobre todo admisibles en presencia de condiciones que permitan el pasaje inmediato a la lucha armada por la conquista del poder”.

Así pues, es bien conocido el caso de la Asamblea Constituyente de 1917 en la que los bolcheviques participaron para difundir a todos los sectores de la población la necesidad misma de su propia abolición y de avanzar hacia una forma de poder superior y más democrática para la clase obrera, bajo el lema “Todo el poder para los Soviets”, donde los mismos soviets dieron el salto a organizaciones de movilización de masas a órganos de poder revolucionario.

La desviación principal y más preocupante entre los comunistas de aquel entonces en relación con la cuestión electoral era el cretinismo parlamentario, pero Lenin crítico también el otro polo, el polo izquierdista.

En su crítica contra el izquierdismo, Lenin clarifica un asunto de vital importancia: el parlamentarismo está caduco a nivel histórico, lo que significa que la clase obrera ha aprendido a nivel universal mediante la Comuna de París y la Revolución Bolchevique que la democracia burguesa es un sistema que pudo ser progresista en el capitalismo incipiente, pero que ahora es una forma de opresión de la burguesía. Pero no había que confundir esto con que el parlamento había caducado a nivel político.

«Mientras no tengáis fuerza para disolver el parlamento burgués y cualquier otra institución reaccionaria, estáis obligados a actuar en el seno de dichas instituciones precisamente porque hay todavía en ellas obreros idiotizados por el clero y por la vida en los rincones más perdidos del campo. De lo contrario corréis el riesgo de convertirlos en simples charlatanes».

Enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo, V. I. Lenin.

Lucha de líneas con los oportunistas parlamentarios.

Después de la disolución de la III Internacional, en la Kominform se realizaron varias críticas a los partidos comunistas de Francia e Italia sobre la cuestión parlamentaria. Mientras que la táctica aprobada en la III Internacional y la posición leninista en general sobre las elecciones era que se trataba una actividad secundaria, algunos partidos que ya empezaban a estar podridos por el revisionismo, se aferraron a la vía parlamentaria como vía principal. Hay que tener en cuenta que los casos del PCI y el PCF son especialmente graves ya que se trata de partidos que movilizaron contingentes de ejércitos de resistencia antifascista, así que su deriva supuso un desarme de la clase obrera también en lo concreto.

En el caso del Partido Comunista Italiano, después de ser expulsados del parlamento siendo fuerza mayoritaria, volvieron a plantear la inclusión de Democracia Cristiana, uno de los partidos que llevó a cabo la expulsión, en una suerte de coalición electoral. Los soviéticos les criticaron ser más parlamentarios que los propios parlamentarios, al ser los únicos que respetaban la propia ley burguesa. Ante lo que la Kominform declaró como golpe de estado, el PCI de Togliatti

se encontró incapaz de pasar a la ofensiva, ya que su actividad estaba centrada en la cuestión parlamentaria y, en vez de usarlo como tribuna, ya ocupaban una posición de gestores y estaban absorbidos por las propias dinámicas de éste. Es decir, un partido que pasaría a ser eurocomunista, la participación electoral le valió para un desarme progresivo que les dejó en la más absoluta indefensión. Estas tendencias parlamentaristas llevaban tiempo siendo criticadas.

Con los franceses sucede algo parecido. Siendo una fuerza mayoritaria en el parlamento, el imperialismo, en este caso americano, exigió la retirada del parlamento de los comunistas a cambio de los bonos de recuperación del Plan Marshall. A pesar de tratarse de un chantaje obvio por parte del imperialismo, el PCF no fue capaz de utilizar su posición para organizar un movimiento contra una obvia injerencia imperialista y abandonaron el parlamento. El PCF tampoco tuvo las herramientas para hacer nada al respecto. Al final, las críticas de la Kominform son reiterativas: estos partidos necesitaban desplazar el foco a actividades extraparlamentarias como las huelgas políticas o la fuerza de choque para poder defenderse. En el caso francés, tras una operación que ni cumplía los estándares de las democracias burguesas en el contexto de una injerencia imperialista, la Kominform criticó que los franceses sólo se limitasen a señalar la cuestión como una operación 'antidemocrática', no sabiendo canalizar esta expulsión del gobierno en una verdadera lucha de masas contra el imperialismo y el capitalismo.

En estos dos casos podemos ver reflejada la evolución del imperialismo hacia un sistema que había sobrevivido a dos guerras mundiales, que había vivido el triunfo dos revoluciones proletarias y del antifascismo liderado por la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. En este contexto, dónde algunos partidos comunistas ya habían probado las mieles del acomodamiento propio del parlamentarismo, no fueron capaces de pasar a la ofensiva cuando el propio parlamento omitió su propia ley, es decir, la ley burguesa.

Esta situación se acrecentó con el surgir del revisionismo moderno de la mano de Jruschov y, posteriormente, de Deng Xiaoping. Agarrándose a esta tendencia, entre muchas otras cosas, una de las tesis del revisionismo moderno es defender que la revolución es capaz de darse por la vía parlamentaria; o bien presenta otras variables, como la sobredimensión de la participación en el parlamento, como en el caso paradigmático del KKE de Grecia o del PCP de Portugal.

Las posiciones maoístas respecto al parlamento y el boicot electoral.

Durante la época de Mao no se han encontrado desarrollos superiores a los leninistas respecto a la postura durante el parlamentarismo. Aun así, es interesante explicar el posicionamiento del Partido Comunista de China durante la polémica con el revisionismo soviético.

Jruschov y el PCUS, tras el XX Congreso, defendían la transición pacífica al socialismo mediante la obtención de la mayoría obrera en el parlamento. Ante esto, Mao y el PCCh argumentaron que, de hecho, la Segunda Guerra Mundial y el desarrollo del imperialismo dejó más claro que nunca que el parlamento es un adorno para el dominio burgués. Mao ya advirtió que, si los partidos comunistas se adhieren al camino parlamentario, cayendo en el cretinismo

parlamentario, estos partidos se condenan al desarme y a caer en el revisionismo, claudicando de la causa revolucionaria.

El Partido Comunista de China también señalaba que la burguesía puede hacer y deshacer, puede reformar la ley electoral para excluir a los comunistas, o puede expulsarlos directamente. Es decir, mientras la burguesía controle el aparato burocrático-militar que es el Estado, esta mayoría y esta vía pacífica es imposible. Incluso aunque se consiga una mayoría parlamentaria, no va a significar un cambio en quién ostenta el poder, ni se va a alcanzar el socialismo. Éste sólo puede alcanzarse mediante la revolución violenta y la toma del poder.

«Los marxista-leninistas siempre han sostenido que, bajo ciertas condiciones, el partido proletario debe participar en la lucha parlamentaria y utilizar la tribuna del parlamento para denunciar la naturaleza reaccionaria de la burguesía, educar a las masas populares y acumular fuerzas revolucionarias. Es erróneo negarse a utilizar esta forma legal de lucha cuando es necesario.

Pero el partido proletario no debe sustituir jamás la revolución proletaria por la lucha parlamentaria, ni abrigar la ilusión de que se puede pasar al socialismo por el “camino parlamentario”. En todo momento, el partido proletario debe fijar la atención principalmente en la lucha de masas».

Polémica acerca de la línea general del Movimiento Comunista Internacional, Partido Comunista de China.

En cuanto a la tradición maoísta encontramos que no hay consenso en cuanto a la significancia del boicot electoral. Por una parte, no se han observado cambios cualitativos en la naturaleza del parlamento y su “caducidad” para que el boicot pase a constituirse como estrategia, y los protagonistas de los boicots electorales más potentes hasta la fecha, los comunistas del Partido Comunista del Perú, seguían conceptualizando el boicot como una táctica. Por otro lado, hay sectores que defienden que el boicot tiene un componente estratégico.

El maoísmo y el boicot electoral.

La revolución peruana se lleva a cabo en un período de un imperialismo maduro con la presencia de una potencia socialimperialista que empieza a entrar en fase de descomposición. El Estado capitalista empieza a militarizarse, es decir, interioriza en sus prácticas represivas todo tipo de violencia, saltándose incluso su propia legalidad. Es algo que ya vimos en Francia con la expulsión de los comunistas en 1947. Después del viraje de China hacia el revisionismo, nos encontramos en una situación de debilidad de las fuerzas revolucionarias, pero en un momento clave, dónde se sintetiza el MLM al calor de esta misma revolución.

Los boicots electorales que han sido más sonados en las últimas cuatro décadas del MCI han sido los boicots llevados a cabo por el PC del Perú. El primer llamamiento al boicot fue en 1980, luego en 1985 y, finalmente, en 1990.

A finales de la década de los setenta, el Partido Comunista del Perú estaba a punto de finalizar su proceso de reconstitución y estaba en la fase final de preparar la iniciación de la Guerra Popular Prolongada. Previamente a ello, durante la década de los sesenta, los campesinos habían protagonizado fuertes enfrentamientos armados contra el Estado, poniendo en jaque la legitimidad de éste. Por ello, después de que el Estado fuera tomado por las armas por la burguesía, se inició un nuevo proceso constituyente, con sus respectivas elecciones. En aquel punto de confrontación directa contra los revisionistas, varios destacamentos comunistas participaron en dichas elecciones, cuyo objetivo era reforzar la legitimidad de un Estado terrateniente-burocrático. Así es la caracterización de éstas por parte del PCP.

«Estas cuestiones fundamentales nos plantean: 1) El Estado peruano es terrateniente-burocrático, una dictadura de terratenientes feudales y de grandes burgueses bajo control del imperialismo norteamericano; contra éste, el pueblo lucha por la construcción de un Estado de Nueva Democracia que requiere la destrucción del viejo orden existente. 2) El Estado peruano, como todo Estado, se sustenta, defiende y desarrolla utilizando la violencia; frente a ésta el pueblo necesita de la violencia revolucionaria siguiendo el camino de cercar las ciudades desde el campo. 3) Las elecciones son un medio de dominación de terratenientes y grandes burgueses; no son para el pueblo instrumento de transformación ni medio para derrocar el poder de los dominantes, de ahí la justa orientación de usarlas sólo con fines de agitación y propaganda».

¡CONTRA LAS ILUSIONES CONSTITUCIONALES POR EL ESTADO DE NUEVA DEMOCRACIA! (1978), Partido Comunista del Perú.

El debate en el seno del movimiento comunista peruano versaba en la legitimidad de la violencia revolucionaria, así que el PCP valoró que presentarse a estas elecciones era contribuir a la ilusión de que podían ser una herramienta transformadora para las clases populares peruanas. Con todo esto, con un descrédito evidente y el inminente ascenso de un movimiento revolucionario, el PCP hizo un llamamiento a la no participación en las elecciones.

Ante un Estado en crisis continua y con el Marxismo-Leninismo-Maoísmo sintetizado, el Partido Comunista del Perú empieza a aplicar la construcción concéntrica e inicia una GPP combinando la acción en el campo con la acción en las ciudades, creando el Frente Unido como órgano de Nueva Democracia. Cuando el PCP boicotea las elecciones, en 1985 y en 1990, llevaban, en el primer caso, cinco años construyendo órganos de poder de masas populares.

El PCP presentaba un argumentario de cara a las masas claro: todas las conquistas se han arrancado a través del avance del proceso revolucionario. Es decir, las masas no tienen ningún

motivo objetivo para confiar en las elecciones y aquí es donde entra el boicot: de 1985 a 1990 en Perú la abstención prácticamente se duplicó y en las zonas controladas por el PCP se había hasta cuadruplicado. Es decir, su objetivo era arrastrar a aquellas personas que no confiaban en las elecciones hacia el apoyo a la GPP.

En el siguiente extracto queda muy claro que la posición estratégica es el desarrollo de la GPP. En el momento en que se escribe este balance el golpe principal es consolidar el equilibrio estratégico, mientras que el boicot electoral es una táctica que agudiza la contradicción entre el poder democrático del pueblo y el poder de la burguesía compradora imperialista. En definitiva, valoraron que la táctica del boicot contribuía a acercar el partido a este golpe estratégico.

«Así, para estos sistemas podridos las elecciones no son sino un instrumento para seguir explotando y oprimiendo al pueblo; por eso, la táctica del boicot del Partido es buena, desarrolla la tendencia del pueblo contra las elecciones y sirve a la guerra popular».

Rectificación de Campaña “Elecciones Generales, no! Guerra popular, sí!” (1990), Partido Comunista del Perú.

El boicot como estrategia.

Dentro del maoísmo existe también la postura de que el boicot electoral es estratégico y que, bajo ninguna circunstancia, los comunistas deberían participar en las elecciones o en el parlamento. El primer caso que estudiaremos es el caso del Partido Comunista de la India (Maoísta), basándonos en sus documentos estratégicos.

El PCI (Maoísta) defiende que el boicot electoral adquiere un componente estratégico en el caso de India, debido a su situación de país semicolonial y lo enraizadas que están las dinámicas de estas elecciones con la situación de semifeudalidad del país. En India, todos aquellos que han participado de forma táctica en las elecciones, incluso teniendo una justificación —como una base amplia de masas— han abandonado la vía revolucionaria y han engrosado las filas del revisionismo.

«Por lo tanto, podemos concluir que el boicot de las elecciones, aunque es una cuestión táctica, adquiere el significado estratégico en las condiciones concretas que se dan en la India, ya que no es en absoluto compatible con la estrategia de la Guerra Popular Prolongada».

Panfleto sobre estrategia y táctica, Partido Comunista de la India (Maoísta).

Es decir, adquiere una condición estratégica por su incompatibilidad con la GPP que están llevando a cabo. En todo caso, no hemos encontrado que este partido defienda que se trate de una cuestión universal aplicable a todos los parlamentos.

Finalmente, nos detendremos a analizar brevemente la defensa del boicot estratégico en un sentido más universal, que es una posición que adopta un sector del maoísmo. Ésta se debe principalmente a dos tesis.

La primera tesis es que el boicot adquiere una importancia estratégica debido a que, en la situación internacional, nos encontramos en una etapa de ofensiva estratégica. Esto se basa en un análisis del Presidente Gonzalo sobre las etapas históricas de la revolución proletaria mundial. Así pues, partiendo de esta base, no sólo las instituciones burguesas están caducas a nivel histórico, sino también a nivel político. En nuestro caso, no compartimos el fundamento teórico de base: aunque el maoísmo haya sido sintetizado, aunque aporte la guía clave para combatir el revisionismo, nos enfrentamos a una situación en que el PCP fue derrotado, la victoria de la GPP en Nepal terminó en un partido vendido después de ésta, y las GPPs actuales se encuentran en defensiva estratégica. Los partidos maoístas europeos nos encontramos en una situación política débil, sin ningún partido reconstituido en Europa. Podemos, por tanto, afirmar que la revolución proletaria mundial no se encuentra en ofensiva estratégica, partiendo de su definición, que implica que las fuerzas revolucionarias han de ser superiores a las de la burguesía, no en potencia, sino de facto.

La segunda tesis de principal defensa del componente estratégico del boicot es que el partido es totalmente clandestino y secreto, y además que el boicot es una condición indispensable para educar a las masas en la violencia revolucionaria. Según esta tesis, es evidente que un partido clandestino no puede presentarse bajo ningún concepto a las elecciones. Esto bebe de una serie de aportaciones del Presidente Gonzalo que se consideran universales y, en nuestro caso, no hemos aprobado su aceptación ya que requiere de un debate organizado y estudiado.

Lo que sí sabemos es que la revolución o guerra popular prolongada en un país imperialista pasará por un período más largo de acumulación de fuerzas. Además, a diferencia de los países semif feudales, la mayoría frentes de masas no serán revolucionarios en un inicio. Mucho de nuestro crecimiento a nivel de fuerza política se va a dar a partir de nuestra participación en movimientos obreros y populares que luchan por reformas, antes de poder cambiar la tendencia hacia luchas revolucionarias (y buena parte de ellas seguirán siendo legales). Esto significa que, en el caso de los países imperialistas, se puede valorar presentarse a las elecciones por una cuestión táctica, sin renunciar a la violencia revolucionaria. Recordemos que los sindicalistas han tirado cohetes caseros más de una vez, y no por ello son ilegalizados a nivel de estructura, aunque sí reprimidos a nivel individual. Esta es una de las ventajas de cómo están configurados los movimientos en una democracia burguesa imperialista.

En el momento en que los comunistas avancemos (cuantitativa y cualitativamente) hacia la reconstitución, los movimientos sociales se irán fortaleciendo progresivamente, así como su capacidad de lucha, y en este clima de presión, cuando la paz social esté en juego, el Estado se

planteará conceder algunas reformas más significativas. En este clima, el reformismo podría volver a repuntar como fuerza política; en este contexto, incluso la clase obrera podría pedir al Partido Comunista que lleve su voz al parlamento. En este caso, se debería aprovechar para agitar denunciando los límites de la democracia burguesa y desenmascarar a los reformistas. A pesar de esto, hemos visto por la trayectoria histórica del movimiento comunista y los cambios cuantitativos en los parlamentos, que éstos favorecen el crecimiento del revisionismo, el reformismo y las dinámicas de la propia política parlamentaria, como el cretinismo parlamentario y el acomodamiento entre comunistas. En definitiva, el aburguesamiento de elementos revolucionarios. Así que reiteramos: la táctica de la participación electoral es secundaria respecto a la táctica del boicot.

2. La cuestión electoral y los comunistas en España.

De los análisis previos podemos extraer las siguientes conclusiones:

El boicot electoral es una táctica que tiene que servir a la estrategia revolucionaria. La estrategia son aquellos golpes principales que tienen que ver con la fase de desarrollo de la revolución, mientras que la táctica es más flexible y está condicionada por los flujos y reflujos de los movimientos de masas. Establecer tácticas lo más acertadas posibles dentro de nuestras condiciones sirve para acercarnos a la consecución de los golpes estratégicos. Como hemos visto, el boicot electoral ha tenido un papel clave en el avance estratégico en ciertas condiciones.

El boicot electoral se debe llevar a cabo cuando vemos un ascenso en el movimiento revolucionario, cuando exista una deslegitimación real de la democracia burguesa; se trata de la corriente principal a nivel táctico. Por el contrario, la participación electoral es una táctica secundaria y se trata de principalmente como elemento de agitación y propaganda.

Engels definía como cretinismo parlamentario aquellas personas imbuidas en las dinámicas electoralistas hasta tal punto que minimizaban todo aquello que sucedía fuera de éste, que lo más importante era la mayoría de votos que se obtuvieran. Esta tendencia ha ido evolucionando con los años: cuando los comunistas se empiezan a presentar a las elecciones, se renuevan las formas de parlamentarismo. Lenin y la III Internacional ya criticaron a los oportunistas parlamentarios, que lejos de afrontar la cuestión como una táctica agitativa y de demarcación, actuaban y se comportaban como parlamentaristas burgueses.

En la España actual, con un Partido Comunista de España profundamente reformista, enemigo de la clase obrera y partícipe de la gestión de la miseria durante esta última legislatura, los comunistas debemos extraer lecciones. No podemos pasar por alto el hecho de que, en España, la gran mayoría de comunistas organizados está en partidos que se presentan a las elecciones. En la fase actual, sin un Partido Comunista que se haya reconstituido, con un grado de movilización bajo de los movimientos de masas y de los comunistas, presentarse a las elecciones consideramos que es una forma de cretinismo parlamentario. Cuando la III Internacional hablaba de presentarse a las elecciones, el enfoque no era que el parlamento fuese el teatro de

las reformas, sino utilizarlo como tribuna de agitación y propaganda, boicotear sus dinámicas desde dentro, desenmascarar a los oportunistas y desenmascarar el sistema ante las masas intermedias.

Cuando los grandes partidos de la III Internacional se presentaban a las elecciones, lo hacían porque las propias masas pedían su participación en el parlamento; incluso así, hemos visto como los partidos de Francia e Italia cayeron en el más burdo cretinismo parlamentario. Muestra de esto es ver como los viejos partidos revisionistas como el PCPE se presentan religiosamente a las elecciones, incluso a veces en coalición con otros grupos comunistas, y siguen con los mismos resultados, siguen con la misma propaganda y, en el caso del PCPE, siguen con programas de mínimos que ya quedaron caducados en la I Internacional.

En el caso del PCTE, la ruptura con el PCPE no ha supuesto una reevaluación de su táctica, ya que siguen presentándose a las elecciones con un programa de reivindicaciones inmediatas como la abolición de la prostitución o la internalización pública del sistema educativo (en el caso de las municipales y autonómicas). A pesar de que afirman que su vista está puesta en el día después de las elecciones, y de que son conscientes de que sus resultados no van a variar, sus recursos son destinados a la consecución de avales para poder presentarse a las elecciones. El PCTE usa las elecciones para conseguir un altavoz y darse a conocer entre sectores más amplios, pero en el circo electoral, con partidos de cada vez más profesionalizados, sólo se puede competir en esfera de propaganda con una amplia base de masas o bien haciendo que la campaña comunista se vaya pareciendo más a una campaña de cualquier partido institucional.

Deberíamos plantear si presentarse a las elecciones, con los números tan pequeños y la poca influencia que tenemos los comunistas hace algún favor a la clase obrera más que legitimar de manera inconsciente el circo electoral. Ahora mismo no hay un gran movimiento en el que participemos los comunistas que arranque reformas al Estado, no estamos poniendo en jaque la paz social del estado, por lo tanto, no tenemos nada que disputarnos con los reformistas en el parlamento. Ahora, y con la situación agravada por las elecciones, es en la calle en dónde nos tenemos que disputar el espacio y el discurso. No podemos destinar nuestros refuerzos a hacer campañas electorales con las mismas formas que los partidos burgueses.

Por otra parte, el Frente Obrero, frente de masas del PML-RC, basa su campaña electoral no en la propaganda revolucionaria, sino a conseguir votos de los sectores de las masas más ideológicamente atrasados. A diferencia del PCTE, el Frente Obrero sí que plantea conseguir resultados en las elecciones, pero a cambio de sacrificar el discurso revolucionario. No hay mayor muestra de cretinismo parlamentario que aspirar a optar a este espacio mediante argumentos economicistas y reaccionarios. ¿A qué intereses sirve un supuesto patriotismo revolucionario en un país imperialista cuya patria contribuye a la ocupación y al expolio de semicolonias? ¿Es el supuesto Lobby LGBT enemigo de la clase obrera? La estrategia de construcción y la estrategia electoral del Frente Obrero es imitar formas populistas de la derecha e incluso extrema derecha, como hemos visto con sus consignas contra la inmigración y pintarlas de rojo.

Los comunistas no podemos jugar a ser políticos burgueses, y la ventaja a la hora de agitar que pueda dar estar en campaña electoral, es mínima. Se trata de partidos con cifras de afiliación que no superan los pocos cientos (y sin una política de cuadros seria), en el mejor de los casos, y con una incidencia marginal en la sociedad. Cuando el circo electoral estalla, las masas son bombardeadas a debates, sobreinformación, buzoneo constante, actos institucionales, etc. El rédito agitativo que se puede conseguir mediante la participación en elecciones contando con las fuerzas actuales, se puede conseguir fuera de ellas.

Además, la propaganda y la agitación son cuestiones políticas, no podemos enfocar nuestra propaganda como si fuera marketing burgués. En la fase actual, después de que la desastrosa legislatura del gobierno progresista que no sólo ha sido capaz de conceder la más mínima reforma, sino que ha recrudecido las condiciones de vida de la clase obrera, el mensaje contra el capitalismo y sus instituciones no puede perderse en un envoltorio de avales. Con un reformismo acorralado que no para de bombardear a las masas con la idea de que votar resolverá nuestros problemas como oprimidos y que frenaremos a la derecha, la propaganda que hagamos debe ir destinada a desenmascarar el circo electoral, no sólo de palabra, sino con actos.

Con todo esto, lo que consideramos que debemos hacer los comunistas en estas elecciones, es utilizar nuestros recursos para desacreditar el circo electoral, pero no estamos en posición de articular un boicot electoral real. Como ya hemos visto, el boicot electoral significa generar un movimiento de masas que impugne las elecciones burguesas, y solo puede darse ante una situación de deslegitimación de éstas de cara a las amplias masas. Es decir, el boicot electoral es una táctica que debe servir a la revolución, no sólo como consigna agitativa.

En España no defendemos que exista tal deslegitimación de las elecciones, sino que existen capas de la población desencantadas con éstas. La deslegitimación implica que exista un movimiento amplio que impugne el proceso electoral en su totalidad. Un ejemplo cercano podría ser el movimiento 15M o el 'Rodea el Congreso', en el cual existía un clima de movilización social general, dónde en las manifestaciones se cantaba 'PSOE y PP la misma mierda es'. Ahora podemos ver como los sectores reformistas que cooptaron el 15M encumbran al ex-presidente Zapatero, el mismo contra quién protestaron años atrás.

Este movimiento social se institucionalizó a partir de que los sectores derechistas y pequeñoburgueses capitalizaran el descontento a través de la creación de un partido político reformista, Podemos. Estamos en un momento en el que el gobierno progresista ha reprimido con dureza a manifestantes, la condición de vida ha bajado significativamente e, incluso, forman parte del gobierno personas como Grande-Marlaska, uno de los más duros represores del Estado. A pesar de que esto es de sobra conocido no ha habido un segundo 'rodea el congreso'.

En última instancia, el grado bajo de organización de la clase obrera, junto con el discurso reformista del voto del miedo por la subida de la ultraderecha, ha provocado que no exista este movimiento de deslegitimación.

Esto no quiere decir que las masas estén contentas con el Gobierno o que no haya falta de credibilidad hacia la política burguesa. La tasa de abstención no es la única forma de medir este descontento, ya que la abstención no tiene porqué ir de la mano con una posición crítica respecto al capitalismo y sus instituciones.

Pueden existir movimientos abstencionistas de derechas, existen también movimientos en las naciones oprimidas por descontento de la resolución ante el problema nacional y, también, existe la abstención por desinterés, propia de los barrios con la renta más baja, o abstención como castigo a un partido en concreto. Pero la abstención no es tan significativa como para que suponga una amenaza a la credibilidad del sistema electoral. La participación electoral en España ronda de media el 72%, con picos y bajadas en función del contexto político del país. Por ejemplo, el pico de abstención más alto, de un 34%, se dio en 2019, en el contexto de una repetición electoral en un mismo año. Así pues, vemos que estos picos de subidas y bajadas en la participación corresponden a causas relacionadas con la propia política burguesa.

Si analizamos la abstención por ciudades y barrios, podemos comprobar que la abstención se da, sobre todo, en los barrios con la renta más baja. Este último se da porque estos barrios no suelen estar dentro de la agenda burguesa. Los políticos burgueses cuentan con asesores que estudian las tendencias de voto, y saben dónde encontrar un nicho concreto de votantes. Es imposible conocer si esta abstención es descrédito o desinterés, y no podemos romantizarla como si, ahora mismo, hubiera una organización de las clases populares de estos barrios impugnando el proceso electoral.

De todas maneras, otra manera de analizar el descontento respecto a la política institucional es revisar la afiliación a los partidos burgueses. Según Hacienda, menos de 290.000 personas en España están afiliados a partidos institucionales en 2019. No se puede hacer un desglose de pérdidas o ganancias de militancia ya que los propios partidos burgueses no facilitan dichos datos. Para hacernos una idea, el PCE de Anguita contaba con 70.000 militantes, que serían una cuarta parte de la afiliación actual de todos los partidos institucionales. Así pues, podemos ver que el interés de participación en este tipo de partidos decrece año tras año.

Entonces, aunque no exista un movimiento de deslegitimación contra las elecciones, las masas en general están descontentas con los políticos burgueses. Mucha parte del voto es resignación: cuando llegan las elecciones, socialdemócratas y reformistas procuran hacer todo el ruido mediático posible para captar votos a través del miedo. Aunque no podamos ejecutar un boicot táctico, no significa que debamos bailar el agua a la política burguesa.

A pesar de que no vayamos a hacer consignas agitativas que nos alejen de un sector de las masas con el que trabajamos codo con codo, esto no significa tener que pedir el voto o reforzar el mito del voto útil o del miedo. Nuestro deber como comunistas es sembrar esta deslegitimación, dónde deberemos confrontar ideológicamente en todas nuestras esferas, plantando cara al discurso de que son los políticos burgueses los que nos conceden derechos. Ellos gestionan y trafican con nuestros derechos, pero somos la clase obrera organizada quien se los arrancamos.

Debemos recordar que la agitación y propaganda no son sólo comunicados y carteles. En estas elecciones, los comunistas no debemos presentarnos, ni debemos caer en el discurso del voto del miedo. En estas elecciones, debemos aprovechar todos nuestros recursos para desenmascarar la falsa electoral. En nuestros centros de trabajos, debemos hablar con nuestros compañeros y posicionarnos políticamente: explicar que ningún gobierno va a ser capaz de resolver los problemas de nuestra clase, que la socialdemocracia es un sector consolidado del Estado burgués. Nuestro debate y argumentos no deben girar en torno a qué opción es menos mala para votar, sino poner en el centro que la clase obrera gana y se defiende con la organización y la lucha, que nadie nos va a regalar nada, y que los que supuestamente están en nuestra trinchera, los reformistas, son los que nos están vendiendo por unos sillones.

En los frentes de masas en los que participamos debemos hacer lucha de líneas y debatir respecto a esta cuestión. Sabemos que en los sindicatos, en el movimiento LGBT y en el feminista existe una tendencia a pedir el voto. Esto es porque, como en todos los movimientos, habrá personas cercanas al reformismo o profundamente imbuidas en sus dinámicas (como la burocracia sindical); o bien, el reformismo aprovechará el chantaje para meter miedo a las masas. Debemos recordar que la derecha ha gobernado antes, es más, el sistema electoral español está basado en el turnismo izquierda-derecha con partidos mayoritarios representando a los sectores de la oligarquía financiera, apoyado por partidos más pequeños con los cuales pueden formar coalición (SUMAR, VOX, etc.). En definitiva, la garantía de los derechos sociales viene del grado de fuerza y organización de la clase obrera. Debemos combatir con hechos el discurso del miedo.

Es por ello que llamamos a los comunistas a abstenerse para demostrar ante nuestro entorno con el que participamos políticamente que no tenemos miedo. Aunque esto no vaya a influir en la decisión de voto, y no lo pretende, ya que no contamos con las fuerzas suficientes, es necesario esta muestra práctica para transmitir nuestro mensaje.

Los comunistas somos, ante todo, organizadores de masas, y cada uno de nosotros participa en política con personas afines nuestras ideas a las que les llega el mensaje de que si votan van a evitar una suerte de hecatombe fascista. Ante esta situación, abrir el debate a través de nuestra opción de voto puede suponer paliar este mensaje, al menos parcialmente. Nuestro objetivo es que nuestro entorno inmediato, por toda la propaganda mediática, no empiece a creer en el reformismo, sino que crean en su propia fuerza como personas organizadas.

Así pues, debemos reforzar día tras día nuestro proyecto. En los frentes de masas, debemos dejar claro que no nos queda otra cosa que luchar. Que los derechos no los regalan los políticos, sino que se arrancan en la lucha. Es necesario que, con nuestro trabajo diario, reforcemos las filas comunistas. No debemos esperar a que exista por sí solo un movimiento de impugnación del proceso electoral, sino que nuestro trabajo debe ir a favor de construir esta alternativa, de que sea ésta la que convenza a las masas de que nuestro poder no cabe en una urna. De que la clase obrera somos capaces de crear un sistema más democrático, participativo y justo. Así pues, el boicot electoral será una táctica que reforzará nuestro objetivo estratégico principal: la reconstitución del Partido Comunista.